UNA PANDEMIA PLANETARIA

Este número de la NLR *se abre con una serie de textos acerca de la crisis del* COVID-19*. En su carrera alrededor del mundo, el virus adopta el papel del ácido fuerte que en un grabado revela los surcos –políticos, económicos, sociales, culturales– del paisaje desigual que se esconde en el mismo. Menos letal que sus predecesores zoonóticos, como el* SARS *(Síndrome Respiratorio Agudo Grave) o el* MERS *(Síndrome Respiratorio por Coronavirus de Oriente Próximo), como Mike Davis explica pormenorizadamente en su artículo, es enormemente infeccioso y se ha abierto camino a través de nuestra numerosa especie de 7.000 millones de seres humanos en cuestión de meses. Esta velocidad es la que ha motivado el cierre de la actividad pública que ha transformado la epidemia del* COVID-19 *en un desastre socioeconómico. Como es bien sabido, los vectores de contagio iniciales fueron las redes de la globalización económica y cultural: las cadenas de suministro de productos manufactureros, el turismo, las multitudinarias congregaciones evangélicas y el alumnado transoceánico esparcieron sus microbios desde Wuhan a Qom y a la conurbación milanesa; las peregrinaciones y las estaciones de esquí contribuyeron a difundirlo. El proselitismo musulmán (los Tablighi Jamaat) y cristiano (la Iglesia de Jesús Chincheonki, con sede en Seúl) con sus acólitos en Mulhouse y Río fueron megacontagiadores. El alumnado del gigantesco complejo universitario de Wuhan regresó a sus hogares en el sur y el sudeste asiático. Cuando este número de la* NLR *entra en prensa, la pandemia se abre camino a través de Estados Unidos, desde la ciudad de Nueva York hasta Detroit y Nueva Orleans, y se va diseminando en América Latina y África, donde aún se desconoce el impacto que tendrá la infección combinada con otras enfermedades mortíferas como la tuberculosis, la malaria y el* VIH*.*

Sin embargo, contra estas redes globales, los actores políticos que han asumido el control, uno a uno, son los Estados-nación, convocados de vuelta del estatus secundario al que la ideología del laissez faire *los había relegado y ahora retomando, como si estuviéramos en tiempos de guerra, su responsabilidad fundacional hacia la seguridad pública. El virus ha sido un test de Rorschach tanto para los partidos en el gobierno, como para las culturas políticas nacionales. En Estados Unidos nos topamos con un hipocondríaco chillón en la Casa Blanca, ambiciosos gobernadores de estado interesados en promocionar sus perfiles y un Congreso bipartidista partidario del rescate de las grandes empresas y de la intensificación de las sanciones a Irán. En el Reino Unido, encontramos un sentimiento churchilliano que blanquea los diversos casos de escasez de materiales cruciales y las muertes del personal sanitario. En*

la UE *se verifica un revoltijo de regímenes neoliberales peleándose por cómo imponer en cada uno de sus países sus agendas políticas previas. Podremos leer a continuación las aportaciones procedentes de Mumbai, Surabaya y São Paulo, que nos ilustran sobre el carácter particular de las crisis que se despliegan en la India de Modi, la Indonesia de Jokowi y el Brasil de Bolsonaro; una experta en salud pública iraní nos detalla los esfuerzos de su país para combatir el virus bajo una situación de confinamiento geopolítico; y Taggart Murphy reflexiona acerca de la importancia de las diferencias geoculturales estructuralmente profundas existentes entre el Oriente y Occidente.*

A lo largo de este paisaje, el COVID-19 *ha dejado al descubierto los vertiginosos abismos sociales, en especial los existentes en Nueva York: mientras modernos vehículos deportivos todoterreno se dirigen bien pertrechados a los Hamptons, los hospitales desbordados de Queens rellenan tumbas sin nombre en la isla de Hart y estas aumentan sin descanso por la caída económica provocada por los cierres. En el mundo rico, el virus revela la naturaleza vacua de las recuperaciones posteriores a 2008: el crecimiento en puestos de trabajo mal pagados del sector servicios se ha revertido de manera catastrófica, haciendo que 10 millones de estadounidenses desempleados se apresuren a inscribirse en las oficinas de desempleo en las primeras dos semanas de confinamiento y barajándose un cálculo de su incremento, que oscila entre el 15 (Goldman Sachs) y el 30 por 100 (la Reserva Federal de Saint Louis), cuando se publiquen los próximos datos sobre el paro y la inactividad económica. El impacto de la demanda negativa puede reducir los ingresos de las corporaciones entre el 50 y el 90 por 100 y sectores enteros, como el comercio minorista, la hostelería, el deporte, los espectáculos de ocio en directo, no están ingresando nada en estos momentos. Todavía está por ver qué cantidad de los 8 billones de dólares que el* G20 *ha prometido en forma de préstamos y de garantías crediticias permea hasta las pequeñas empresas y la clase trabajadora desempleada. La caída de la demanda en Occidente golpea una economía mundial que aún está luchando para recuperarse del final del superciclo de las materias primas y que sigue aplastada por la deuda, buena parte de ella emitida en dólares, cuya cotización se aprecia. El precio del petróleo se ha hundido por debajo de los 35 dólares el barril; las remesas y los ingresos del turismo se han interrumpido. El Estado del bienestar está bajo mínimos en la mayor parte del África subsahariana, en el subcontinente indio y en el sudeste asiático, donde los confinamientos están siendo impuestos con* lathis *y* sjamboks *[varas y látigos]. A la espera de que se produzcan nuevas oleadas del virus durante los próximos seis o dieciocho meses, aún está por ver el conjunto de efectos que todo ello tendrá sobre las cadenas globales de suministros.*

En una intervención que se originó en el debate entre filósofos en Italia, Marco D'Eramo analiza aquí las consecuencias de los «estados de excepción», que se han impuesto ahora en más de ciento setenta países. La respuesta cultural al coronavirus, la miríada de reflexiones políticas y personales, de las cuales publicamos aquí un ejemplo excepcional en forma de un extracto del «Diario de Wuhan» de la cineasta Ai Xiaoming, un registro multimedia desde el epicentro de la pandemia, se originó online, *enredado entre las cosechas de datos que el capitalismo y el Estado obtienen de nuestros teléfonos y nuestros ordenadores portátiles. Parece que el mundo posterior al* COVID-19 *será un mundo de Estados fuertemente endeudados y proclives a la austeridad, de grandes corporaciones rescatadas, de clases obreras empobrecidas y hambrientas y de una expansión de la vigilancia sobre los datos personales. Pero hay dos cosas que es posible que hayan cambiado para mejor. En primer lugar, aunque sea de manera autoritaria, por primera vez desde hace generaciones los gobiernos han tenido que primar la salud pública por encima del beneficio económico; si ha ocurrido una vez, puede ocurrir de nuevo. En segundo lugar, para muchas personas la crisis ha supuesto una experiencia preciosa de pensamiento global, más allá de los muros de nuestra propia cultura. Se ha hecho habitual concebir nuestra especie como un todo sometido a una amenaza externa, pero también empatizar con el personal sanitario en Italia o Irán, sentir la distancia de Wuhan a Qom y preguntar cómo lo están haciendo en Suecia o Corea. Esperemos que algo de esto perdure.*